

Francisco Elster de la Huerta



4706
QUIMERAS DE AMOR

FRANCISCO ELSTER DE LA HUERTA

RAS
OR



LIBRERIA IBERICA.-MALAGA

Autor	Elster	Remitido por	el
Título	cuarenta y el amor		
Precio	3	Editor	

Imp. "LA REGIONAL"
Luis de Velázquez, 3
MALAGA

FRANCISCO ELSTER DE LA HUERTA



QUIMERAS DE AMOR



Imp. "LA REGIONAL"
Luis de Velázquez, 3
MALAGA

SEMBLANZA DEL AUTOR

*Tiene el temple bizarro de aquellos capitanes
que cruzaron el mundo del brazo de la gloria
llevando en sus espadas de férreos gavilanes
prendida en un torneo de audacias la victoria*

*Desciende de unos viejos señores alemanes
tiene un nombre tudesco de clara ejecutoria
un léxico brillante, de extraños ademanes
y un sitio entre los bravos que fueron en la Historia.*

*En fin, este hombre absurdo, vidente y visionario,
en cuyo honor agito de nuevo un incensario
es un egregio poeta de loca fantasía*

*Que escribió unas historias de amor y de aventuras
mas lindas aun que aquellas preciosas miniaturas
que en tiempo de los Papas el gran Celiñi hacía.*

Los compuso el poeta de ahora

EL LDO. DIEGO FLORES DE ALBARRACÍN

EXULTACIÓN

Yo veo la vida como quiero verla. Hay quien solo la llena de lo que sus ojos ven y yo quiero que la mía la llenen el aroma de mis sueños de poeta...

¿Quién puede saber si es feliz? Dicha es solo lo que tan bellamente nos miente la ilusión.

¡Oh, mentido hechizo de nuestra fantasía, que de míseros y hampones nos troca en reyes! Mi pensamiento, más de una vez, perdido en las salas del Museo del Prado, me ha hecho vivir horas emocionales de vidas prodigiosas. Estoy en él. Me fijo en ese caballero de corta barba gris y armadura toledana que un pesado lanzón esgrime; le miro cara a cara y ante su mirada de águila no se abate la mía. Carlos V és, por Ticiano conservado, y yó, en aquel instante, un arrogante capitán de enhiestos mostachos, sobre cuyo arnés se derrama la sangre que se vierte por mi rota gorguera cincelada. El César pasa —Bravo capitán— me ha gritado al ver que en homenaje blando la espada que arranqué a mi prisionero el duque de Sajonia... me alejo.

«Las Meninas» ¿las veis en ese aire que es aire? son nenas lindísimas que, en sus miriñaques, de grandes dainas parecen disfrazadas; en sus caritas ingenuas, deliciosas, hay un mohín que esboza una alegría: es que me han visto con mi jubon multicolor y caperuza con argentadas campanillas y risa les dá mi nariz descomunal y la bocaza que parte en dós mi faz. Me he convertido en el más travieso bufón que hace reir a las infantas y yó, muy viejo con mi joroba y cuerpo raquífico, parezco un niño y en hacerlas reir se ingenia mi gastado corazón cuando ¡oh drama! una azafata que me quiere agoniza en el desván del castillo; doy unos pasos y «Los borrachos» con sus entornados ojuelos me miran y en la jocunda expresión de sus rostros de jayanes hay una benévola sonrisa cuando otro borracho, yó, les brindo con mi jarro rezumante de vino. Sigo y la princesa Isabel, la de los ojos azules y rubios cabellos, la que diz la leyenda que amando a un príncipe joven hubo de casarse con un rey viejo, es la que me jura que es falso que a ninguno amó sino a mí que soy un artista soñador egregio que plasmar ha sabido en mármol el hechizo divino de su cuerpo y que por ella, loco de amor, el suyo ignorando, supe morir .. más allá soy el novicio penitente que se arrodilla ante ese asceta de Zurbarán y con lágrimas amargas se acusa de que las rosas rojas de una pasión carnal clavaron sus espinas en este corazón que en místicos amores palpitaba ¿por qué no he de ser el adusto caballero, pálido, esquelético, espectral de exacto parecido que mirad, ahí colgado, acaba de hacerme el Greco?

Así, lector, yo tengo amigos que há muchos

siglos murieron y quizás amadas que tampoco nunca han existido y del mismo humo de que se llena parte de mi vida se forman los cuerpos del jardín de bellezas que es mío, sólo mío, ¿qué importa que algún necio se ría? Mi jardín tiene frutales de flores muy exquisitas. Ved mi verjel en que como en un joyel deslumbran los jazmines... las cabezas deliciosas de las mil que me gustaron, acaso de las protagonistas de ingenuos cuentos que escuché en mi infancia; aquel de la princesa dormida, encerrada en roquero castillo, que esperaba el beso de amor que la despierte; el de la sabia Sherezada, a quien un sultán cruel no quería; de la desconocida dama castellana por cuya hermosura, en honroso paso, rompía Suero Quiñones sus lanzas; puede serlo la pastora fragante que inspiró sus églogas al marqués de Santillana y otras incontables que bullen en mi cerebro. Así mientras las gentes por el lucro se afanan, yo prefiero con mis hermanos los poetas seguir, seguir soñando las excelsas fantasías que nos borda nuestra muy alta señora la Ilusión.

.

Dedicar la obra ¿a quién? a nadie mejor que a la mujer que amamos, pero, ¿quién puede saber jamás si el amor único, el verdad, fué aquel que como una brasa reluce entre las cenizas del pasado, del ayer; o el de hoy, el que nos unje con el bálsamo embriagador de sus besos; o el que ni presentado, nos espera en el mañana...? imposible de decidir fuérale a un poeta cual de los tres augustos ramilletes de emoción le era el más preciado. Mas ¡dejémonos de pensar! y a niño Amor dediquemos a questo libro y sea como los acordes de un címbalo

de oro en cada una de cuyas notas vibrara malizada una emoción.

De una zarpada, cual si mis manos poseyeran las garras de un león, rasgo la cortina de noche del olvido y diáfanas, palpitantes, cabezas de mujer se diseñan en el claroazul del recuerdo. Ahí está la del perfil purísimo Ana Maífa, la que en sus besos me daba la fragancia de su alma; Gloria, la de los labios gordezuelos y jugosos, morena, tan morena como una mulatita; aquella modistilla, Charito, que en el airón de su alegría supo llevarme prendido al tormento de su coquetería; Carmela, la novia dulce y tímida, la que riñó porque como ofensa tuvo el pecado grato de robarla, traicionero, un beso; Irene, la cortesana, cuyo cuerpo de alabastro y rosa tenía la majestad de las diosas de Rubens y que se crispaba anhelante cuando me recitaba uno de sus poemas de cariño; Elvira, aquella en cuyo holocausto caballero de absurda gesta y tocado con el yelmo de Mambrino, forjado a mi medida, que solo yo usé después del inmortal hidalgo, me hizo probar que una bala no mata nunca a un deseo y no olvido tampoco a Luisa, la que cuando no contaba diez y seis años me sentía enrojecer y balbucear las palabras que mis sentimientos expresarlas no sabían. Ofrendo pues, a todas mis amadas aquestas sonatas emocionales que forjó mi fantasía.

Y en mi ofrenda no olvido a mis amigos de hoy, Jaspe, Prados, Verdugo Font, Ximenez de Enciso. Hinojosa, Jaúregui, Disdier, a los geniales artistas de esta tierra malagueña, Ricardo León, Salvador Rueda, González Anaya y Díaz de Escovar; a Peñarredonda y Eyaralar, aquellos oficiales de la Legión con quien tanto congenié en la loca aven-

tura; a Saravia, aquel amigo mío que, en un combate por salvarme, cuando con una pierna rota yacía, su vida dió por la mía; a aquel beni-urriaguel guerrero, de barbas nazarenas y llameantes miradas que en los azares de la guerra, altivo y señorial como un Aben-Humeya, descendiente de granadinos emires, cuerpo a cuerpo conmigo se batió y le vencí; a Baues, el germano; a Escobedo, el indio mexicano, y a todos los que me otorgaron y dí las gemas inestimables de sincera amistad.

¡Amor y amistad, a vosotros os dedico este libro!

El Autor.

LA MADRINA

EN una tienda del campamento de Dar-Quebdani están reunidos varios sargentos de la Legión. Lenzinsky, el polaco, pulsa una mandolina que gime una balada dulce y sentimental; Conrado Gimenó, el mexicano heroico, musita una canción criolla que habla de guerra y amores; Pedro López escribe una larga carta a una linda trianera que allá en Sevilla suspira por su amante; y Federico Artals, un poeta malagueño, que por amor a una nena rubia pensó en ser cartujo y después se alistó en la Legión, donde las balas le hirieron dos veces y al que llaman: «el caballero de la muerte» por una calavera que se tatuó en el pecho.

Sentado en una caja de municiones está Henri-Emile Boutin, un francés mudo y silencioso que acostumbra a tatuarse sobre su

corazón los retratos de las mujeres que ama. Su pecho es un museo de bellas de blondos o negros cabellos que en el alma hermética del francés, conservaron acaso dulces recuerdos de pasados y nunca olvidados amores.

El francés tiene en sus manos un retrato y prepara las agujas y la tinta para hacerse un nuevo tatuaje.

Artals se acerca a él y vé que es una fotografía de unas lindas muchachas.

—¿Quiénes son?—preguntó.

—Esta es mi madrina y esta es su hermana,—repuso el francés mostrándolas,—elles sont très gentils.

Y Artals vió el retrato de dos bellísimas jovencitas que tenían por fondo los jardines del Parque malagueño. Las hermosas tenían la semejanza de sus ojos luminosos y radiantes; una de ellas de formas de escultura, vestía una blusa de color crema con flores azules y falda y sombrero negros, la otra bellísima y grácil vestía de negro y de sus hombros colgaba un chal blanco, tocándose con un sombrero airoso adornado con plumas...

Seducido Artals por la belleza de la gentilísima, rogó al francés que indicase a su madrina que deseaba cambiar correspondencia

con su hermana. Llegó pronta la respuesta y las cartas trenzaron un extraño y sentimental idilio.

La frase florida y bruja del legionario poeta encendió el amor en la bella. En un rasgo de singular humorismo, para probar si su alma le bastaba para ser amado, la había escrito que era negro y la mandó el retrato de un legionario senegalés.

Y la hermosa cuya alma comprendía a la del poeta y que acaso hubiese leído «El negro que tenía el alma blanca» de Alberto Insúa, creyóse la Desdémona de aquel Otelo y por él lánguidecía en amores.

Unos meses después, Artals recibió un «pacazo» que le rompía el femur de la pierna izquierda. Declarado inútil, regresaba a Málaga y su primera visita fué para su madre.

Apareció ella y en su rostro se pintó el asombro:

—¿Pero no era usted un negro?—balbuceó.

—¡Oh, sí!—repuso Artals—pero de tanto quererla a usted me he desteñido.

Una risa musical resonó y parecía preludiar amores.

con su hermana. Llegó pronto la respuesta y las cartas llegaron en extenso y sentimen- tal idioma.

Las frases floridas y bellas del legionario por- toñado el amor en la bella En un asgu- de singular humanismo, para probar si en al- ma le bastaba para ser amado, la había escri- to que era negro y la mandó el retrato de un legionario senegalés.

Y la hermosa cuya alma comprendía a la del poeta y que acaso hubiese leído «El ne- gro que tenía el alma blanca» de Alberto In- súa, creyóse la Desdémona de aquel Orel y por él languidecía en amores.

Unos meses después, Artals recibió un «pacaxo» que le rompió el temer de la pier- na izquierda. Declarado inútil, regresaba a Málaga y su primera visita fue para su ma-

drina. Apareció ella y en su rostro se pintó el

asombro: «¿cómo estás tan negro?» -dijo.

«Yo no era usted un negro» -dijo.

«Oh, sí» -repuso Artals -pero de tanto que me ha estado me he desdibujado.

Una risa musical resonó y varcaba hacia

los amores.

UNA HIPERBOLE

El salón de la vieja condesa de Goyanes, era frecuentado por una concurrencia de «pollos» que aunque no lo confesasen cumplieron todos ellos los setenta. Como resoldo de los años juveniles conservaban alegres decires y más de una vez en aquel ambiente de dulce amistad, sentían como por un extraño espejismo que renacían las ilusiones ahora olvidadas y erguían con orgullo sus encorvados torsos cual más de una vez le ocurre a un rocín paralítico y medio ciego que al escuchar el son de los clarines relinchara como si tornase a los tiempos en que brioso corcel de guerra a su caballero a la victoria llevara entre nubes de metralla.

Unas pastitas y unas copas consumió la condesa con sus íntimos el general Domínguez y el marino Rastambul. Hablan los viejos añorando dichosos tiempos de juventud.

—¡Quien había de decirme que había de verme tan olvidada!—lamenta la gran dama—yo que, si hubiese querido, pude haber desbancado a la de Montijo en el loco corazón de Napoleón y ser emperatriz de los franceses... nunca olvido lo torpe y tímido que estuvo el rey Amadeo cuando en una recepción se inclinó, rojo de emoción, para besar la punta de mis dedos. Aún atenaza a mi alma el remordimiento cuando evoco al romántico poeta de negras crenchas y ojos de llama que por mis desdenes una noche de Abril se suicidó en la Moncloa...

Y conmovida llora la vieja condesa ante sus amigos que abren atónitos los ojos con que la miran, pues recuerdan que siempre la pobre señora fué tuerta, cojitranca y contrahecha; fea en tan alto grado que nunca encontró un loco que capaz fuera de murmurarla una flor. Pero ¡oh poder de la fantasía! tan sincero es el llanto de la anciana que llora la pérdida de lozanías que nunca existieron que los oyentes se contagian y evocan a la que en su juventud fué un esperpento trocada en un encanto, en una diosa helénica que por los nácares de sus dientes entreabiertos derrochase las fragancias de sus risas.

—¡Oh, condesa, si supiera lo que yo la

amé!—convencido de lo que oye ha exclamado el marino.

—Si hubiera usted conocido que por su coquetería la muerte en Castillejos busqué—rememora el general la proeza que nunca pensó tuviera la ocurrencia de inventar.

En la penumbra del salón que tamizan los oros del crepúsculo, los tres viejos lloran amores imaginarios con lágrimas muy puras que tienen el perfume de infantiles inocencias.

Y después, descargadas las almas de amarguras que sin saberlo poetizaron con el madrigal sentimental, secos los ojos y llenos de ingenuas alegrías los viejecitos se sienten ingenuos y parleros.

La condesa oye encantada cuantas proezas y hazañas le narran. El militar describe los combates, duelos, emboscadas en las que más cubanos y moros matara que los que en cien generaciones poblaran el planeta.

Y el marino que se siente empequeñecido por los triunfos mundanos que mintió la condesa y por las victorias que no ganó el general siente ansias de emulación deseoso de que sean para él los favores de la anciana que ven convertida en gentilísima adolescente. Cuenta sus viajes, sus naufragios, cuando en remotos mares le asaltaron los pira-

tas, cuando él lo fué también, pero no encuentra emocionantes sus propias y vividas aventuras y se excita. Menciona sus fatigas, penalidades y miserias, los fríos que pasó en el Spirberg, también:

—...y al pasar la línea ecuatorial a bordo de la «Medusa», la más velera fragata que cruzó los mares, en un tórrido verano teníamos que poner a las gallinas entre los trozos de hielo que salían de la cámara frigorífica y aún ni así podíamos evitar que las dichas gallinas... ¡pusieran asados los huevos!

Muy digna, estirada, se levantó la condesa y abandonó el salón. El general con un gesto caballeresco que digno fuera de un paladín de Tabla Redonda se levantó, muy fatigosamente a causa del reuma que le tenía casi inválida una pierna, y tendió su tarjeta a Rastambul:

—Es usted infame. Con sus gracias de mal gusto ha pretendido burlarse de la sensibilidad exquisita de los recuerdos de la señora condesa y míos. Me dará explicaciones en el terreno del honor.

Le volvió las espaldas. El marino se encogió de hombros y monologó:

—¡Vaya un agradecimiento. Le oigo hablar a esa pobre señora de su belleza cuando toda su vida fué más fea que Pancho, el co-

cinero negro de mi barco y al general, que no ha visto más combates que el obispo de Sión y que solo pudo ser herido en alguna escaramuza doméstica con su señora, de sus proezas y cuando para ponerme a tono con ellos tengo una idea genial se enfadan y quiere atravesarme ese percebe! ¡Que vida!

Y el almirante Rastambul encendió la pipa y se fué a la cervecería para contar a otros tiburones del mar que era una víctima de las veleidades humanas.

¡VAYA SEÑORA!

ERNESTO Oloriz, tenía relaciones con Clarita Zaragoza, preciosa amiguita de sus hermanas, que fué la mujer a la que más amó.

Ella era una monada. Distinguida, modosa y sumisa como una colegiala. En la cara de la nena irradiaba el carácter mimoso y dócil de la mujer que sabe amar, apta para plegarse a la voluntad del que con un beso su alma conquistó.

Y aunque nunca diera crédito a lo que la gente suele contar de las suegras, por experiencia llegó a saber lo que podría ser la que parecía que le iba a tocar en suerte. En cuanto tuvo un ápice de confianza tomó la costumbre de dominarlo agobiándolo con sus exigencias a las que, por evitarse disgustos, tenía que transigir.

Llegaba, una noche, más tarde que de costumbre a hablar con su novia que le recibía cariñosa, la mamá con ceño:

—¿De donde vienes, nenín?—preguntaba Clara—has tardado un poco.

—Ha tardado usted, cuarenta y tres minutos—apuntaba adusta la señora de Zaragoza.

—He tenido que estar más tiempo en la clase por ser muy difícil la lección de Derecho Mercantil que nos explicaba el Profesor.

—¡Pobrecito mío! —compadecía la muchacha.

—De estudiar no salen esas ojeras que usted trae—aún más seria, volvía a intervenir la madre.

—¡¡¡Señora!!!—gritaba Ernesto, que se callaba por no decirle una barbaridad.

Y así un día tras otro. Ernesto estaba harto de que, por una futesa que no enfadaba a su novia, tener discusiones con futura mamá suegra y le fastidiaba tener que contestarla.

Aquellos disgustos estaban matando a la enamorada pareja. El enflaquecía y ella se puso palidísima y empezó a hincharse el vientre.

El muchacho pensó en emigrar a los antipodas. La cara de la suegra expresaba intenciones homicidas.

—Vea, señora, las consecuencias de su proceder. La está matando.

—Lo que a ella la mata es tener un novio tan fresco... por no llamarle sinvergüenza.

—¡¡¡Señora!!!—gritaba el chico que salía disparado de aquella casa.

—Corra, corra que como haya pasado lo que me figuro, ya se puede ir preparando.

La simpática mamá llevó a su hija a la consulta de un célebre médico.

—Doctor, mi niña tiene un novio idiota y mire como trae el estómago.

La reconoció el doctor y dictaminó:

—Tranquilícense ustedes. Esta señorita no tiene más que una gastroenteritis crónica.

—¡Ah, ya!—resolló la buena señora.

Aquella noche cuando llegó el novio le recibió casi con buena cara. El se incrustó en un rincón donde entabló una animada conversación con su chiquilla.

—Oye ¿qué te ha dicho el médico que tienes?

—Pues, hijo, no me acuerdo del nombre de la enfermedad ¿usted lo recuerda, mamá?

—Es natural. Tienes... ¡¡¡un gato enterito con un catarro crónico!!!

Cuando la sorpresa le permitió moverse Ernesto de una carcajada hizo romperse los

vidrios de una ventana. Doña Concha cojió la badila y por poco lo mata.

Ernesto echó a correr y aquella muestra de la cultura de la suegra le hizo romper para siempre sus relaciones con Clarita.

Meses más tarde tenía relaciones con Nuria, una catalana que poseía una belleza radiosa, de morena tanagra, que en sus facciones tuviese la armonía musical de angélica sonatina en que el ciego músico cristalizase una princesa de balada germana, con muy luengas trenzas rubias cuya frente ciñera la diadema que como premio a su hermosura la otorgara un trovador en la Corte de Amor dó ganara la valiosa presea con sus endechas en que mejor que nadie rimara el sentimiento a cuyo conjuro se unen dos corazones con rayos de oro y luz.

En una verbena nocturna del Balneario del Carmen, bajo el misterioso mirar de esas estrellas que son ojos de las hadas del espacio, velados de vez en cuando por las blondas de finos bordados que hilandera Natura tejió con las brumas cual si fuesen andaluzas que en la mantilla cobijasen los sus rubores al escuchar el audaz acento de apasionado galán. Así las hadas de los aires que se cierran en los cielos esconden sus ojos castos cuando en ellos se fijaban los suyos que

reflejados en el mar parecían cuando eran de los sátiros glaucos que viven en las profundidades la increíble manifestación.

Irradiaban las luminarias en ondas de luz sobre las cabezas de las bellas que airoosas ceñían sus pañolones de Manila; eran las mariposas encantadas de infantil cuento en que flores como aquellas en las corolas tienen diminutas cabecitas de mujer que en oro de polen se convierten cuando al canto del gallo se rompen las cabalísticas palabras que su prístino ser las devolvieron. Era un desfile de pupilas de azabache de soñado harem de maravillas que poseyera algún sultán de las «Mil y una noches», quizás Harum-Raschid el que de mendigo disfrazado recorría la fantástica Basora de las cien mezquitas de alicatadas torres para conocer las tristezas de los suyos, cuando poseía tesoros incalculables y riquezas en que con parpadeo policromo centelleaban las perlas del golfo Pérsico, amatistas del Kuban, rubíes del Cáucaso entre las pedrerías que a veces dilapidaba como un mago sobre los torneados hombros de alguna beldad que cual humilde violeta vivía escondida en el ignorado oasis de unos beduinos, amos del desierto y la llevara consigo para hacerla la flor mas preciada del vergel de amores de su harem.

Clarita, su mamá y varias muchachas, entre las que estaba Anita, una de las hermanas de Ernesto, ocupaban una mesa de las que hay delante del hall.

Arrogantísimamente chinesco mantón envolvía el cuerpo jarifo de María Teresa la toda alma que vanamente sueña en encantado príncipe azul que la diga amor; la de Mairena esbeltísima y serena como esculpida en jaspeado mármol rosa de Fharos por el cincel inspirado de Praxisteles; las dos de Amine, la una de formas elásticas y firmes y labios de rosa, la otra delgadita y de pícara sonrisa. Con una sonrisa discreta, muy suya, Paco Giles, el exquisito dibujante escucha la frivolidad mundana de una muy hermosa viudita que ondulante vá con ingénuos pasitos de minué; caracolea junto a ellos un calvo comandante que es un tuno. Dos niñas con cara de gato acompañadas por una repintada señora con una berruga en la barbilla; una marquesa muy elegante que acciona enojada las magnolias de sus manos bajo el bello colgante de su marido, un marqués muy viejo; Pedro Rabasa, saluda a un amigo y dos chistes molestos le espeta cordialmente a un conocido.

Siguen pasando las muchachas mas distinguidas acompañadas por muchachos conoci-

dos por delante de la mesa. Clara y sus amigas parlotean y contestan a los saludos que las hacen.

Discorde, estrepitoso retumba el estruendo del jazz-band, donde gorgoritos hace un gnomo jorobado. Danzan las parejas que el ritmo embriaga, aládas que vivir parecen en el sortilegio que borda la ilusión.

Cesa la música. Se desenlazan las parejas y Ernesto y Nuria pasan engarzadas sus vidas en una mirada.

—¿Quién es la que va con tu hermano?— preguntó Clara a Anita.

—Una muchacha catalana que ha venido a pasar una temporada en Málaga.

—¿Es su novia?

—No sé. Pero, me parece que no se llevan mal.

—Así son los hombres,—comentó envidiosa la novia desdeñada en un alarde de modestia,—lo mismo que las gallinas que al trigo prefieren el estiercol.

Aunque no fuera muy propia la comparación calló Anita como si asintiera.

—La madre de la catalana no parece una persona fina—apuntó doña Concha.

—La pobre es sordo-muda.

—Ya sabía yo el mal gusto que tiene Ernesto. En lo que ha acabado; ¡preferir una

suegra sordo-muda a una tan discreta como yol, ¡pobre chico!

A Anita le costó gran trabajo no echarse a reir en sus narices. ¡Señores que valor!

CURRITO EL POSMA

EL matrimonio Simpson llegó a Sevilla. Huesudo, desgarnado, el buen mister es algo grotesco; una antena heliográfica en el que un sombrero un humorista colgase: en cambio Betty es muy linda y una sonrisa ilumina su rostro seductor.

No eran ricos los ingleses como ese ejército de turistas patizambos, como suelen ser los que trae la agencia Cook, y de cuyos bolsillos fluye el oro. Era mister Jhon, un simple miembro de la Real Sociedad Geográfica de Londres, que había obtenido una subvención para recorrer en viaje de estudios el Sur de Europa.

Se alojaron en una casa de huéspedes de Triana, en la que si bien no eran exquisitos los menús, en cambio no faltaron ocasiones para que el sabio miembro de la Academia

londinense pudiera estudiar las costumbres pintorescas del barrio gitano, cuyos vivientes bronce reproducen a los hampones gallardos y trapaceros y a las gitanillas cimbrenas y reidoras de que en sus muy honestas y ejemplares novelas nos guardó el recuerdo al manco de Lepanto, de las que en sus días él contempló.

Muy pronto asediados por una plaga de cicrones se decidieron por Curruto el Posma, que les fué el más simpático.

Iniciaron sus correrías por los barrios extremos y se metieron más de una vez en una «zambra» cañí, donde las «bailaoras» trenzaban la euritmia de sus cuerpos ágiles y armoniosos.

—¡Qué gitanas más bonitas, eh mister!— alababa Curruto el Posma—en Inglaterra no las habrá así.

—Haberlas muchas. Mi mujer ser mejor gitana bonita.

El sevillano miraba a la inglesa y aunque no dejaba de gustarle, no la encontraba el tipo gitano por ninguna parte.

Visitaron la Catedral y el guía después de mostrarles las riquezas portentosas que en artísticos objetos y en fervorosos dones la otorgaran los monarcas castellanos, desde que el muy Santo Rey Don Fernando la ganó

a punta de lanza en briosas lides, como hiciera en fastuosas justas cualquier hidalgo o caballero que rendir quisiera el corazón de una beldad tan altiva como la Giralda, la solitaria doncella cuyos pies como un esclavo amoroso el Guadalquivir los besa.

—Y la Catedral ¿qué le parece?

—En la de Londres, caber ocho como ésta.

Currito se amoscó un poco, pero aguardó ocasión para desquitarse.

Aquella tarde llevó a los Simpson a la plaza de toros.

—¿También esto lo hay en Inglaterra?

—Nó—despectivo profirió el inglés—ésto vale poco, pero a pesar de todo... estar hecho con dinero inglés.

Currito el Posma tuvo malas ideas que atacaban la integridad física del inglés, pero lo pensó mejor y decidió escarmentarle.

El sevillano dió un pretexto para dejarles solos, y separándose de ellos, fué a comprar dos tortugas enormes en casa de un pajarero y las metió en las camas que, en la hostería, ocupaban los ingleses.

Minutos después, llegaron los Simpson. El inglés cenó y pidió al cicerone que los condujera al cuarto.

El mister se sentó en una silla y encendiendo un veguero, hizo varias preguntas

sobre los monumentos que pensaba visitar al día siguiente.

Un mosquito, que zumbaba alrededor de la nariz de mister Simpson, se le paró en la frente. El inglés le aplastó de una palmada y mirándole exclamó:

—¡Qué miseria de mosquitos! En Londres ser dobles.

Currito el Posma, levantó los embozos de las camas y trágicas o caricaturescas se vieron las dos tremendas tortugas.

—¿Qué es esto?—gritó el inglés.

—Hable, diga—imploró la inglesa—¿qué fieras son éstas?

El andaluz, con un gesto de inocencia, explicó:

—Señores, éstas son.... las chinches de Sevilla.

Los dos ingleses, helados de espanto, no supieron qué replicar.

EL CHAUFFER TEUTÓN

Mi gran amigo Schneider, el muy flamante cónsul del Paraguay en Hamburgo, volvió a ocupar su puesto después de pasar una temporada al lado de su familia que residía en Málaga.

Una noche cuando tomaba un ómnibus tuvo la suerte de evitarle un seguro chichón a la muy linda y sentimental Berta Klaus cuando, al subir al estribo, un respetabilísimo señor de opulenta panza y enhiestos mostachos kaiserianos con delicada brutalidad de un empellón la echaba abajo para subir él primero. Enrique la recogió en el aire, evitando que la gentilísima alemana se hiciera siete contra el pavimento.

Y ¿por que nó? él muy entusiasta y ella muy crédula pronto se quisieron.

No era muy joven Enrique. Ya frisaba en los treinta y cinco y a esa edad el hombre suele ser cauto. Antes de comprometerse

demasiado quiso informarse de quien era y con gran satisfacción supo que era hija única del inventor de los bisteks artificiales que, durante la guerra, hizo una fortuna fabulosa.

Estrechó el cerco y con una picardía que a la ilusa se le antojaba apasionamiento latino la deslumbró con el florilegio de frases que el muy tuno a la pobre nena sabía prodigar.

Herr Klaus, el acaudalado tudesco pensó en cojer al pretendiente y hacerle salchicha de esas que con coles tanto le gustaban, y opuso una rotunda y categórica negativa.

No era Enrique hombre que se achicara por tan poco y sin pensarlo mucho propuso a su amada el que, valiéndose de su mayoría de edad y del auxilio de las leyes, se casara prescindiendo del paterno consentimiento.

¡Qué complacida quedara la rubia beldad! Soñadora como todas las alemanas creyó que se convertía en Beatriz, la amada toda blanca del Dante, en la Julieta de un Romeo y ciertamente en la Carmen pasional de un paisano del desplumado toreador «el Gallo».

No fueron necesarias para aquel capítulo de novela ni escalas ni ganzúas. Solo tomar tranquilamente la calle y llamar al auto que les esperaba en la esquina.

A ochenta por hora no partieron precisamente en busca de la felicidad. En las carreteras alemanas, la administración previsora dictaminó que el auto más veloz no aventajara a la mas lenta carreta.

Lentamente se deslizaba el auto.

—No sabes, Berta, lo que yo te quiero. Si no me hubieras amado yo me suicidaba por tí.

—Calla por Dios, no digas eso—murmuró fingiendo asustarse la alemana cuando estaba contentísima por haber despertado tal pasión.

Un ligero choque experimentó el vehículo y una nube pareció oscurecer el sol.

—Si alguna vez dejas de quererme, ocúltamelo, amada mía, pues sería capaz de matarte y morir.

—¡Para! ¡no sigas!—gritó ella un poco escamada a pesar de su alegría—no debes de pensar siquiera en eso.

El auto paró en aquel instante, y una bandada de abejas enfurecidas entró por las ventanillas encarnizándose con ellos. Una columna había sido derribada por una aleta cuando el coche sufrió una sacudida.

Los enamorados creyeron volverse locos; durante media hora las abejas los herían con sus aguijones despiadadamente.

Exasperado, furioso, Enrique saltó del auto y asombrado vió que el chófer estaba muy tranquilamente sentado procurando taparse con el guardapolvo para evitar las pica-duras.

—Pero ¿qué hace usted? ¿por qué no com-pone la avería?

—Herr, el auto no está descompuesto. He parado obedeciendo la orden.

—¿Se burla usted?—aulló Enrique—¿quién ha mandado parar?

—¡Oh! la señora ha gritado: «Alto, para», lo he oído muy bien.

—¡Pero, idiota. Eso no era a usted, sino a mí!

El chófer, estupefacto porque mandasen parar a un viajero, reanudó la marcha. Berta, enfadadísima, hizo que la llevaran a su casa. Cuando llegó, herr Klaus la recibió muy jovialmente en cuanto supo el lance.

—¡Es lástima que hayas roto con él. Por los comienzos has podido juzgar lo feliz que ibas a ser con él!

Berta permaneció soltera toda su vida.

EL TENORIO DE TRIANA

EN el barrio gitano y hampón, Rafaelillo, el muchacho cetrino y de ojos vivaces era un prestigio. Era el que mejor interpretaba los pases de Belmonte y Joselito. El halago popular fué un tóxico que en él despertó la ambición.

Y un buen día, con otros aventureros de la espada y la muleta, abandonó los patrios lares para ir en busca de la gloria y de la fama. Las capeas pueblerinas fueron los teatros de sus triunfos. El hambre y la miseria fueron las compañeras de sus andanzas, en las que recorría la península entera, en los topes y en los techos de los vagones de los trenes, huyendo de los trozos de carbón que les arrojaban los guardafrenos para que se apeasen.

Las plazas aldeanas, cuyas barreras eran los varales de los carros que servían de tribunas al público, llenas de la barbarie campe-

sina, ébria de lujuria y alcohol, que con placer aullaba e insultaba a los diestros, fueron el primer escalón desde el que pasó a los circos taurinos de las más populosas capitales.

Regresó a Sevilla, después de recojer palmas y billetes que le prodigaron sus triunfos de famoso lidiador en los días en que vestido con el traje de luces, parecía una mariposa de seda y oro que revoloteara ante el testuz del astado bruto.

Al pasar por la calle de la Sierpe vió, un día, a Lolita, la nena salada y dicharachera que en su infancia hizo brotar en su pecho la ilusión del primer amor. Siguióla y tras ella llegó al Prado de San Sebastián, cruzó el puente y se internó en Triana.

Absorto quedó cuando, al pasar por una calle, vió que su amada se encontraba con una lindísima rubia y las muchachas, trás de increparse airadas se acometían sañudamente, se arañaban y los moños arrancábanlos las manos airadas de las bellas.

Acudieron los guardias y llevaron detenidas a las hermosas rivales y Rafaelillo entró detrás en la Comisaría curioso por conocer la causa de la riña.

El comisario era un muchacho joven que galante e irónico interrogó a las mocitas sobre las razones de la fiera contienda.

Ruborizadas y tímidas, confesaron las jovencitas que el amor y los celos que ambas sentían por el «Niño de la Gloria» había sido el motivo de sus rencores.

—Bueno, pues que venga el «Niño de la Gloria»—¡a ver lo que las dá a las chicas bonitas ese Tenorio!

Media hora después, entró el «Niño de la Gloria». El asombro se pintó en los rostros y una carcajada tremenda hizo retemblar los muros de la estancia.

El galán era un tuerto feísimo y corcovado que con cínica sonrisa abría los labios, dejando ver los renegridos dientes.

—¿Y éste es el «Niño de la Gloria»?—rió el comisario—¡si parece un mico escapado del Circo Palisse!

Desilusionado Rafaelillo, al ver el objeto de las preferencias de su amada, al día siguiente dió su primera «espantá».

deborradas y hondas, queriendo las
 por ellas que el amor y los celos que ambas
 se dan por el vino de la Gloria, mas
 solo el motivo de sus tentaciones.

Bueno, pues, que antes de ir a la
 Gloria — lo que lo que las da a las chicas
 bonitas es la gloria.

Más allá después, como el vino de la
 Gloria. El motivo es bueno en las chicas
 y una chica, si tiene una gran idea
 antes de la estancia.

El alma está en un momento y queriendo
 que sea como antes, pero los labios, de-
 jando ver los dientes, dientes.

El vino de la Gloria, el vino de la Gloria,
 el vino de la Gloria, el vino de la Gloria,
 el vino de la Gloria.

Después de la estancia, al ver el objeto
 de las tentaciones de su vida, al fin
 que él es la primera respuesta.

Después de la estancia, al ver el objeto
 de las tentaciones de su vida, al fin
 que él es la primera respuesta.

Después de la estancia, al ver el objeto
 de las tentaciones de su vida, al fin
 que él es la primera respuesta.

Después de la estancia, al ver el objeto
 de las tentaciones de su vida, al fin
 que él es la primera respuesta.

LOS FALDONES DEL FRANCÉS

RENÉ de la Palisse, es un francés que es el sargento más presumido de toda la Legión. Usa trabilla en sus entalladas guerreras y emblemas bordados en oro y los calzones son tan ceñidos que parecen van a rasgarse cuando se mueve.

El francés es un hombre jovial y divertido, que locamente derrocha su juventud en mil absurdas aventuras que alternan con los amores que con su encanto riente tachonan su vida.

Y pasaba unas semanas de licencia en Melilla, donde se desquitaba de las privaciones de la campaña, cuando recibió orden de incorporarse a su compañía, que había marchado a reforzar la avanzada.....

En la línea de fuego, reinaba el entusiasmo en el pecho de los soldados. El general

Weyler, había revistado nuestras fuerzas y su presencia era un conjuro que hacía renacer la fé en muy altos destinos. El viejo general, rodeado de la aureola de su valor y su alma de acero, hacía rememorar al duque de Alba, aquel rayo de la guerra que tuteaba a los reyes enemigos y «altos y poderosos hijos» llamaba a los invictos guerreros de sus Tercios.

Y René fué destacado con su sección en Ben Tieb, donde se presumía atacaran las hordas rifeñas. Pocos días después, al rayar una aurora, los centinelas avistaron un grupo de rebeldes que en una loma próxima construían reductos y trincheras para impedir la aguada y cercar la posición.

Las dos piezas de artillería del campamento lanzaron sus proyectiles, pero su acción resultaba ineficaz.

Ocultos en sus cuevas y en los accidentes del terreno los moros eran invulnerables.

René de la Palisse, el sargento francés, rogó al jefe de la posición que le permitiese desalojar al enemigo con sus legionarios. Concedido el permiso salieron los aventureros al campo raso y desplegando en guerrilla avanzaron cautelosamente.

Llegaron a la falda de la loma. René se puso en pié y dando la orden de asalto avanzó

de un salto para ponerse a la cabeza de sus soldados. Oyóse un chasquido y retumbó en los aires una formidable carcajada. El ceñido calzón de René habíase roto y el faldón de su camisa flotaba al viento cual burlona pirueta del Destino que la arrogancia de un Cyrano la troca en la grotesca parodia de un Tartarin.

Apretándose los ijares para contener las carcajadas, que revientan en sus labios los legionarios suben a la loma. Los moros quedan desconcertados al ver que los atacan unos hombres que en lugar de lanzar gritos de guerra rien a mandíbula batiente; espantados los rifeños temen que el alborozo de los legionarios signifique que les han hecho caer en una ratonera y sin osar la menor resistencia, huyen a la desbandada...

Reposando en la posición conquistada, mientras los camilleros transportan a los heridos, en cuyos pechos, como relumbrantes rubíes, fulgen las gotas de sangre, los restantes apuran grandes vasos de vino y comentan donosamente la aventura:

—¡Caballeros legionarios!—exclama René —no os quejareis de mí. Enrique IV, el gran rey, utilizó como enseña, en una batalla, el blanco airón de su cimera y obtuvo un gran triunfo aunque le hicieron polvo la mitad de

la nobleza de su reino y yo, mis amigos, con el pañal de mi camisa os he hecho tomar una posición sin que hayais recibido ni un arañazo ¿qué os parece?

—¡¡¡Viva el sargento francés y el pañal de su camisa!!!—aulló la turba aventurera con alegres vítores.

EL OGRO

MONBLANCH, en las montañas de Tarragona, es un pintoresco pueblecito que corona un viejo castillo de muros almenados, cual atalayador centinela de un castillo feudal.

Las casas se escalonan en las laderas como fichas de un dominó que esparcieran las manos poderosas de unos genios cansados de jugar. En la áspera subida hay una fuente, de cuyos caños salta el agua con un rumor parlero y acariciante.

Un caminante con paso cansino y lento llega a la fuente. Bebe a grandes tragos el agua cristalina y secando el sudor que cubre su frente se sienta a reposar a la sombra compacta de las hojas de una higuera. Es un

hombre de alta estatura y poblada barba, de ropas miserables que le dan el aspecto sospechoso de un mendigo y lleva un zurrón a la espalda.

En las calles silentes del pueblo se escuchan los gritos de una mujer que alguna desventura gime:

—¡Ay, Pepeta, meua filla!—llora—¿dónde estás? ¡Pepeta!

Y las vecinas rodean a la madre que busca a su hija inútilmente desde hace más de dos horas. La pobre mujer se lamenta desconsoladamente.

Algunos hombres aumentan el grupo. Circula el rumor de que la pequeña ha sido raptada por unos vampiros a los que nadie ha visto y en quienes todos creen.

Llama la atención de una vieja el forastero que duerme tranquilamente, junto a la fuente y le rodean airados los campesinos. Registranle y en el zurrón le encuentran el zapatito de una niña.

—¡Lládre!—gritan las mujeres—¿que has hecho de Pepeta?

—¿Pero os habeis güerto locos?—profiere indignado el desconocido con marcado acento andaluz—¡a ver si sus habeis creído que yo me como los niños crúos como Landrú, pelmazos! Caballero, aquello era...

Un médico malagueño, Fernando Santos, humorista que pretende haber inventado el «santóleo» prodigioso específico para devolver a los calvos el pelo solo con olerlo, que se encuentra en el pueblo para hacer una operación al hijo del alcalde, intenta arreglar el asunto apaciguando los ánimos e interroga al vagabundo. Este explica que en su vida no ha visto a la niña y que el zapato es un delicado obsequio que le arrojaron desde una ventana, produciéndole un regular chichón que muestra en la frente.

—¡No seais brutos!—exclama—mira tú que creerse estos gansos que yo me he comío por lo menos a la chica. ¡Caballero, aquello era!

Todo es inútil y en conciliábulo de aquellare, de ojos iracundos y brazos crispados deciden precipitar al pozo al vampiro que ha debido matar a la nena, como lo demuestra el zapato que le hallaron en su poder.

El andaluz se vé asido por cien brazos que le arrastran para darle muerte y tiembla despavorido. En aquel momento llega una vieja lo más velozmente que le permiten sus cansadas piernas. Se ha encontrado a Pepeta escondida en el pajar para escaparse de las consecuencias de las travesuras que ha hecho, después de haber roto la vajilla,

hecho rabiarse al gato poniéndole un cohete en el rabo y habiendo soltado el canario abriéndole la jaula.

Y entonces el andaluz, disipado el miedo, se irrita y vocifera:

—¿Conque os creáis que yo había robado a la niña? Si con esa alhaja no puede ni toa la Guardia Civil ni el mismísimo Tercio de Extranjeros. ¡Caballero, aquello era!...

LA PRUEBA

SENTADAS junto a la mesa del thé, que beben a sorbitos, en un elegante gabinete Totó Arganzuelo, hace sus confidencias a Charito Olavide, su mejor amiga.

Son muy lindas cabecitas, rubia la una y morena la otra en las que bullen inquietos los pájaros locos de la ilusión. Totó narra sus cuitas:

—Figúrate, monina; que ese buen señor a pesar de los cincuenta años que solo quiere aparentar, de su calva y de su vientre tiene el descaro de hacerme el amor. No me deja ni a sol ni a sombra y me tiene frita con su insistencia. No puedes imaginarte cosa mas cursi y ridícula que ese paquidermo cuando se pone romántico. Dime si aciertas con algo para quitármelo de encima.

— Por qué no le dices que te demuestre su amor... pídele cosas imposibles.

— ¡Ay, que idea, Charito! ¡que buena eres conmigo!—y entusiasmada la mimaba para demostrarla su gratitud.

Suena el timbre. Una doncellita anuncia la visita del pretendiente; no podía haber llegado en mejor ocasión.

Entra el buen señor muy reluciente; muy ensortijado. Las saluda y suspirando como una foca, muy pedante, bajo la mirada irónica de Charito, prodiga elogios rebuscados que quien sabe en que siglo los aprendió.

Coqueta le sonríe Totó, que benévola parece escucharle interesada. El pretendiente se desahoga a su sabor.

La pícara frunce un poquitín las cejas y como enfadada le interrumpe:

— Todo eso que me dice no lo siente usted.

— ¿Que nó...?

— Nó, eso se lo dice usted a todas. Demuéstreme usted que me quiere de verdad.

— Yo le doy todas las pruebas de cariño que quiera exigirme—fogoso como un cadete afirma aquel Tenorio mixtificado—aunque me pida la luna se la traigo.

— Traígamela usted—le suelta Totó tan fresca, cambiando una mirada de triunfo con su amiga.

Al día siguiente don Andrés se presentó con un envoltorio bajo el brazo.

—Aquí la traigo la luna. Es la que estaba en el escaparate de Tembours; me ha costado tres mil duros, pero por usted no reparo en sacrificios.—y la ofreció un magnífico espejo de Venecia que traía en el envoltorio.

Cuando el próximo domingo fué Totó a confesarse se hubo de acusar de haber sentido vehementísimos deseos de hacer añicos la luna y de propina un florero en la cabeza de su galán.

Muy satisfecho se pavoneaba don Andrés:

—¿Quiere usted algo más? Soy capaz de todos los imposibles.

—¡Oh, sí! júreme hacer lo que voy a pedirle.

—¡Ante los Evangelios si hace falta!

—Pues bien. Jure que se morirá a los ocho días de la boda y me deja un millón de pesetas.

Don Andrés quedó hecho una pieza. Cogiendo el sombrero puso los piés en polvorosa ¡no quería nada aquella preciosidad!

UNA AGRAVANTE

JIM Stanton dió dos vueltas por la calle, le cogió un descuido a un «policemen» que muy tieso y mayestático con una adoquínea tranquilidad aguantaba la lluvia; saltó una verja y en un abrir y cerrar de ojos recorrió la falleba de una ventana. Media hora después hacía el mismo recorrido a la inversa y al día siguiente el Dail Mail traía el relato del crimen espeluznante de Stanton. El «pollito» había descuartizado una señora respetable, a otra que no lo era tanto y a la cocinera para robar los veintitrés chelines y medio que misstres Wiliam tenía en la caja de los polvos de dientes que pretendía dar a entender que usaba puesto que hacía medio siglo que era propietaria de una dentadura postiza que daba el hipo.

Baker Street se puso en conmoción. La

prensa atacaba duramente la indefensiva en que se encontraban los pacíficos ciudadanos y no había más remedio que capturar al asesino. Toda la policía se puso en movimiento y aquella tarde el malvado Stanton era detenido cuando pretendía vender una peluca de la difunta que valía un tesoro.

Los magistrados ingleses son expeditivos. Una quincena después el bandido estaba delante de los jueces que habían de sentenciarle.

La subida del partido laborista al poder había traído la igualdad en todos los órdenes de la vida de los dos sexos y las sufragistas que tan peliagudas hazañas realizaron para lograr el voto formaban el Jurado.

—¡Estoy salvado! — pensó Stanton — las mujeres son compasivas y me absuelven de seguro.

Lo mismo opinaba el abogado y lleno de esperanzas el bandido fué conducido al tribunal.

Las más absurdas visiones de pesadilla no fueron mas feas que las juezas. Todas eran viejas y feitas y vestían con mucho empaque la toga.

—¿Que edad tiene el procesado Stanton?

—preguntó el attorney.

—Cuarenta y cinco años.

—¡Pobre chico!—murmuró compasiva una sesentona—es casi un guayabo.

—¿Que estado civil?

—Soltero.

—Un ¡oh! de agrado dejó escapar el tribunal. Las juradas le miraron con un interés marcadísimo. Alguna sonrió y casi todas le hicieron algún denqué.

—¡Pobre muchacho, tan guapo!, ¡sin tener una mujer que lo guiara! Se comprende.

—Con qué respeto nos mira el pobrecillo.

—Es muy guapo y la verdad es que no ha hecho una cosa reprobable. Ha matado a tres mujeres que Dios sabe lo que serían ¡sobran tantas!

—Es una víctima de las circunstancias.

El attorney continuaba:

—Está comprobado que usted mató hasta a el loro de la señora William, ¿fué por antipatía o por ensañamiento?

—Nó, milord, fué para que no se fuera de la lengua.

Un escalofrío de indignación, sacudió al Jurado.

—¡Un loro, un loro muerto!—gimió la presidencia—¡qué crueldad!

—Sí, mis, un loro que me puso los nervios de punta, diciéndome: «dame chocolate», cuando acababa de matar a tres mujeres.

—Pero ¿fué usted capaz de matar a un loro que hablaba? ¡oh, infame!

—¡Qué malvado!

—¡Qué fiera sin entrañas!

Y el pobre Stanton, que hubiera sido absuelto con todos los pronunciamientos favorables, si se hubiera limitado a la pequeñez de matar a las tres señoras por haber matado al lorito, el jurado femenino le condenó a muerte por unanimidad.

UN DRAMA

LOLA acaba de tener un formidable disgusto. ¿Tendrá cinismo Pepe, cuando se atreve a negar que bailó con Carmita? ¡decir que nó el muy canalla! ella a pesar de su cara de virgen prerafaélica, tenía un genio de caballería y si no le había arañado solo fué por no darle el escándalo ¡atreverse aquel palomino a negarle lo que había visto!

Entró en el Retiro. ¡Qué le importaba a ella aquél imbécil! pasearía con las de Rodríguez y las haría rabiarse coqueteando con el novio de la mayor.

No encontró a nadie conocido y contrariada se llegó a la biblioteca y cogiendo un libro cualquiera se sentó en un banco.

Una nena de seis años que estaba sentada en el de enfrente se echó a llorar desespera-

damente, sin consuelo, como si le acabase de ocurrir una de esas tremendas tragedias de la infancia.

Lolita, la llamó cariñosa.

—¿Qué te pasa, monada?, ¿te has caído?, ¿te ha picado algún bicho? ¿te ha regañado la chacha?

La niña seguía llorando desesperadamente, mirándola muy enfurecida.

—¿Estás mala, riquita?

Siguió encerrada en su mutismo hostil la llorona pitusilla.

—Vamos, di ¿qué te pasa?

La chiquitina, secándose los ojos y mirándola con reproche, dijo:

—Es que se ha sentado usted encima de la liga que yo había puesto para coger pajaritos y en vez de coger uno la he cogido a usted que no sé en qué jaula podría meterla.

Lola quiso levantarse, pero al intentarlo, advirtió que se le había pegado la falda en tal forma, que eran inútiles todos sus esfuerzos para despegarse. Irritada empezó a llorar y entonces fué cuando la nenita se puso a reir muy alegre de ver llorar a la pájara que había caído en el cepo.

LA SENTIMENTAL

ERA una beldad María Teresa. Tenía diez y ocho años; su cutis nacarado, en el que fulgían las amapolas de sus mejillas, que en sus alegrías formaban graciosísimos hoyuelos, era el marco de sus ojos apasionados y negros como sus cabellos, que en ondas descendíanle hasta las corvas cuando en alguna función de Beneficencia se exhibía en exótico disfraz.

¡Quién a los diez y ocho años no supo sentir y como un cuento maravilloso la ilusión no le pintó la vida! Más tarde, de los años al pasar, nos hirió muy artero el desengaño y nos hacemos excépticos y frívolos, y cuando queremos tenemos siempre el recelo de que no nos amen como nosotros amamos. Pero ¡qué importa!, tanto vale el que nos quieran como el que nosotros creamos en un cariño que no existió.

Y como en las primaveras resucitan en magos aromas y coloridos las flores, que en embrión durmieron las nieves del invierno, así ella en su adolescencia vivía en plena eclosión sentimental. Muy dada a la lectura, quizás la intoxicó el delicioso veneno de la literatura, sin saber que la vida que pintan los escritores no es la que hacen los burgueses. Hay quien dice que Amor no existe, que es un mito; y sin embargo, ¡Amor es planta exquisita que siempre floreció en las almas delicadas de soñadores y poetas!

El arte es un bálsamo egregio y misterial que nos forja una existencia casi divina. ¡Qué son las obras más geniales sino simple expresión de las pasiones que locamente sintieron los artistas! Poemas, lienzos, esculturas, no son más que recuerdos eternos de una emoción nobilísima, de un sentimiento que brilló esplendente, como un rayo, en una vida.

Sí, existieron en la vida todas las heroínas de las obras cumbres, aunque de la vida al poema idealizó la fantasía. Tan realidad fué la Mimi Pinzón que con su alegría endulzó la miseria de la bohemia de Murger; como la gran dama de que, en más de una de sus obras, nos habla nuestro contemporáneo Carrère; como Ranjia, la bayadera de que en una estrofa galana su rendición nos canta el

poeta indio Tagore; lo mismo que Angélica, Bradamante, Eloísa, Desdémona o Dulcinea, que debió ser, ciertamente, una rústica campesina por la cual un amor, todo idealismo, Cervantes debió sufrir. Pero una burguesita querer que por ella sientan amor verdad ¡qué absurdo! Eso solo pueden poseerlo aquellas que cuando saben que gustan se olvidan, no se acuerdan de las preguntas: ¿qué tiene?, ¿cuánto gana?

Vivía María-Teresa en un entresuelo de calle Larios, y como mujer joven, bonita y con dinero, tenía infinidad de pretendientes. Los cafés de los alrededores solían estar llenos de los que la seguían. Un hábil comerciante tuvo la magnífica idea de hacer que le traspasaran una peluquería que era el punto más estratégico enfrente de sus ventanas, para instalar un café; en poco más de tres meses duplicó el capital invertido y tenía la seguridad de llegar a rico. Su única preocupación era el que a María-Teresa se le antojara casarse y así cuando veía que sonreía demasiado a un pretendiente procuraba largarle a éste, en la primera consumación, un específico diabólico que le tenía quince días en cama con el estómago estropeado.

Entre los que la decían quererla figuraba Paco López, un muchacho que era hijo de

uno de los comerciantes más ricos de Málaga; un buen señor que vendiendo lana había encontrado una mina de oro.

Lo que suele pasar. El dinero es un mago chancero que acostumbra a fingir que dota de todas las buenas cualidades a sus favoritos. En realidad, aquel chico no era más que un bruto, poseído del inmenso orgullo que sus pesetas dan a los advenidizos.

Era alto, recio y no de mala figura. María Teresa no vaciló mucho en darle el «sí». Un mucho de fantasía y una pequeña simpatía bastaron para que en él cristalizara al príncipe encantado que forjó su deseo de amar.

Una noche fué a la Exposición acompañada de las niñas de Mairena y no tardó en reunírseles su novio. Apenas había nadie y sentándose en un ángulo quedaron silenciosos. María-Teresa dejó vagar sus miradas, en las sombras, para fijarlas en la iluminación roja que a las viejas almenas de Gibralfaro daba el aspecto de un feudal castillo de remota leyenda, poblado de bellas castellanas y apuestos guerreros, como las que se oyen entre las consejas de una velada campesina, junto a los chisporreantes troncos de un lar.

Paco empezó a hablarla. Su acento, un

poco duro, levemente desentonó en los oídos de ella. La contaba los premios que sus caballos habían ganado en las carreras, el número de sus perros, el precio de sus autos y de todo lo que tenía.

María-Teresa se sintió molesta. Se levantó y dijo a una de sus amigas:

—¿Te parece, Marilu, que demos una vuelta?

Recorrieron varias veces los paseos laterales. María-Teresa estaba contrariada: su novio, que se consideraba «hombre práctico» opinaba que hablar de amor era una «cursilería».

—Todavía no me has dicho esta noche, que te gusto, que sí me quieres—dulcemente le reprochó la hermosa adolescente.

—Ya sabes que te quiero.

—¿Mucho?—le provocó coqueta.

—¡Como una bestia! —afirmó, rotundo, Paco con la misma entonación que no desdía un caribe.

Aunque el simil no era muy escogido se sintió halagada. Paco siguió:

—En cambio, tú no me quieres como yo deseo.

—¿Qué no te quiero? ¡con toda mi alma!

—Sí, pero yo ansío que me quieras como...

mi perra de caza, que le pego un latigazo y viene a lamerme las manos.

A María-Teresa, la muy romántica y sentimental, le dió un vahido y le faltó poco para caerse, de cabeza, en una fuente.

—Te parece, María, que hemos una
vuelta?

Recurrieron varias veces los pasos laterales. María-Teresa estaba contrariada: su novio, que se consideraba «hombre práctico» opinaba que hablar de amor era una «curiosidad».

—Todavía no me has dicho esta noche, que te gusta, que si me quieres—dulcemente le reprochó la hermosa adolescente.

—Ya sabes que te quiero.
—¿Muchos?—le provocó copueta.

—Como una bestia! —sintió, rotundo, Paco con la misma entonación que no desdeñaba un caribe.

Aunque el símil no era muy escogido se sintió halagado. Paco siguió:

—En cambio, tú no me quieres como yo deseo.

—¿Qué no te quiero? ¡con toda mi alma!

—Sí, pero yo ansío que me quieras como...

POR QUE NO SOY SOMATEN

ACABÁBAMOS de cenar varios amigos en la terraza del Hernán Cortés. Sentados cómodamente en unas mecedoras, gozábamos del encanto de la noche serena y tranquila en que se escuchaba el murmullo de las olas al chocar contra las rocas. El humo de los cigarros trazaba caprichosos arabescos en el aire y sobre temas mil charlábamos alegremente.

—Mañana es la jura de la bandera del Somatén—dijo Verdugo Font, joven oficial de marina—¿perteneceís a él, verdad?

Todos contestaron afirmativamente, menos Dalmáu, un notable actor catalán de la compañía de Borrás, que hacía pocos días nos habían presentado. Nos extrañó su silencio.

—¿No es usted somatenista, ilustre rival de Talma?—le pregunté.

—¿Yo?—articuló el comediante, cuyo rostro tomó una expresión mefistofélica—¡Dios me libre!

—¡Hombre, ¿porqué?—le insinuó uno.

Pareció dudar, sonrió y con mundano gesto nos contó una increíble historia.

—Han de saber ustedes, amigos míos, que mi vida la constituye una pintoresca y absurda bohemia en que a los triunfos resonantes, suceden temporadas en que sin contrata bordeo los abismos de la miseria. Pues bien, hace cuatro o cinco años, me ocurrió uno de estos lances de mi profesión; tuvimos una época desastrosa en el Tívoli y se disolvió la compañía a que pertenecía. En poco tiempo me quedé sin un cuarto, viví algunos días malvendiendo mis trajes y el reloj, pero llegó el día en que se agotaron todos mis recursos. Por falta de pago me echaron de la casa de huéspedes y tras varios días de rigurosa dieta me encontré, una noche, paseándome por el Tibidabo. Estaba desesperado y me decidí a atracar a un transeunte; era algo difícil; un cómico que como yo acostumbraba a tomar la vida a broma, no suele llevar por armas ni un alfiler siquiera, pero recordando las obras folletinescas de Rambal,

en las que había actuado, encontré un truco que resolví ensayar. Aceché, y al primer bulto que divisé, encañonándolo con mi piti-llera, grité:—«¡La bolsa o la vida!...», y aquel prójimo se me quedó mirando, encantado, y diciendo:—«Eureka»—me cogió del brazo y afectuosamente me llevó consigo...

—¡Caramba!—interrumpió Juanito Enciso;—¿era un policía? ¡Qué plancha!

—¿Era algún amigo?—interrogó Verdugo Font.

—Nada de eso--prosiguió Dalmáu—era nada menos que el terrible «Noy del Calce-tín», un sindicalista que en cuanto le olían sus víctimas se desmayaban. Me llevó a su casa y cubrió todas mis necesidades a cambio de que me afiliase al Sindicato Unico; pocas horas después me indicaba que tenía que secundarle en un atentado.

—¡¡¡Un atentado!!!—gritamos aterrados; ¿estaría loco el buen Dalmáu o se burlaba de nosotros?

—Sí, un atentado—continuó el cómico sin perder la fina ironía de que saturaba su relato—; un atentado, en el que se pretendía impedir que el Somatén catalán jurase la bandera. La víspera de la fiesta, aprovechando las tinieblas de la noche en que bramaba el huracán y se desencadenaba una

furiosa tormenta, el «Noy del Calcetín» y yo nos introducimos en el domicilio social del Somatén. El «Noy» quería llevarse la bandera para imposibilitar la jura, pero yo le indiqué que tenía una idea magnífica. Saqué una caja del bolsillo.

—¡Una bomba!; pero, ¿qué dice usted?— le interrumpimos indignados por tanto cinismo,

—Una bomba precisamente fué lo que se creyó el muy ilustre «Noy del Calcetín»; pero no lo era. La caja sólo contenía unos polvos, con los que rocié meticulosamente la bandera; le dije unas palabras al oído y soltó una carcajada tan estruendosa que despertó al conserje, y tuvimos que echar a correr, costándome gran trabajo el llevarme a mi compañero, al que la risa no permitía dar un paso.

Calló unos instantes Dalmáu, que poseía el arte de un buen narrador, para aumentar nuestra curiosidad, y volviendo a encender el cigarro:

—Al día siguiente, en el Paseo de las Ramblas, había de efectuarse la jura. Nos colocamos en primera fila para saborear el efecto de nuestra obra, que no se hizo esperar. Acabados los discursos, el primer individuo de una fila de somatenes fué a besar la ban-

dera cuando dió un formidable estornudo, intentó besarla nuevamente y le acometió tal acceso de estornudos que tuvo que retirarse entre las miradas asombradas del público; llegó el segundo y estornudó tan copiosamente que se oyeron algunas risas, al tercero dió tales estornudos que creímos que iba a reventar, y se desencadenó tal tempestad de carcajadas que se suspendió la jura. ¡Yo había rociado la bandera con rapé! ¡Qué ocurrencias las del amigo Dalmáu!, nos reímos mucho. Tuvo un éxito.

Llegó el domingo. Era en el Parque nuestra jura, y con mi fusil al hombro y con mi brazalete me fui a ella. Era deliciosa la mañana; la gente inundaba los paseos. Formamos junto al Hospital Noble y oímos misa, cuya ceremonia, de poesía henchida, era grandiosa, teniendo como naves de una iglesia, el manto azul de los cielos. El general Cano, uno de los mayores prestigios del Ejército, pronunció una arenga elocuentísima que entusiasmó a los somatenes.

Nos pusimos, en movimiento. Paco Crooke, mi rollizo amigo, que es el abanderado, terció con marcial apostura la bandera para que la besaran. Entre los que iban a jurarla divisé muchos señores de respetable aspecto y opulentos abdómenes. Ví al gran Dalmáu con mis amigos, que desde un coche presenciaba el espectáculo, y al recuerdo de la anécdota que contara, una sonrisa crispaba mis labios, cuando una mosca tuvo la desdichada idea de posarse sobre el rostro de Crooke, el abanderado, y comenzar a cosquillearle insistentemente. Heroicamente aguantó la impertinencia del insecto, que ora se posaba en la frente, ora en un carrillo, hasta que se introdujo en la nariz. Dió un formidable estornudo y los que habíamos oído a Dalmáu nos miramos unos a otros y entonces, ¡oh!, entonces, crueles y desalmados nos atacaron sañudamente los diablillos de la risa, al imaginarnos que el rapé hubiera hecho estornudar a todos los señores gordos y flacos que componían el Somatén. Luchábamos denodamente contra la tentación, apretábamos los dientes y enarcábamos las cejas para no romper en carcajadas cuando la mosca se puso sobre la nariz y se le metió en una ventanilla. Ya no pudimos resistir más y caí al suelo, retorciéndome de

risa, entre la estupefacción de los que no estaban en el secreto. Riéndome a mandíbula batiente me llevaron mis amigos al otro extremo del Parque, donde nos desahogamos a nuestras anchas.

Y por ésto, por ésto solo, lectores, yo no soy también del Somatén.

—Voy a contaros—dice—una bella historia que sucedió hace muchos años, allá en tiempos de Martí-Castaña, cuando por el mundo desfilaban las cabalgatas de los Reyes, que en sus camellos llevaban en sus sillas a las niñas bellas, y

DUQUESA GUAYABO

DONDE pescaría Victorita aquellos novios que se traía? Si reñía con Adrián, un tarugo que parecía un perro en cuclillas, era para ponerse en relaciones con un bizco como Antonio, el adoquín más grande que estudió Medicina.

En la terraza de los Baños del Carmen, entre un grupo de muchachas, está Victoria, que con su picardía hace rabiar a su novio.

Cerca, junto a ella, escribe en una mesa Pepe Geisler, llenando rápido unas cuartillas.

—Haznos un cuento, Pepe—varias de las muchachas le han pedido.

El artista se recoge un instante y borrando una sonrisa imperceptible que brotó en sus labios:

—Voy a contaros—dijo—una bella historia que sucedió hace muchos años, allá en tiempos de Mari-Castaña, cuando por el mundo desfilaban las cabalgatas de los Magos Reyes, que en sus camellos llevaban, en abultados fardos, a las niñas bellas ilusión y amor:

—«Había una vez un rey muy viejo que tenía por hijas las más bellas princesas de la tierra. Diz la leyenda que la más pequeña «duquesa Guayabo» era más linda que un sol.

A centenares tenía los pretendientes a su mano morena y pequeñita. Entre los que más asediaban a la princesita se contaban un médico y un poeta.

El médico era tuerto y su padre era el tesorero del rey. Aquél pretendiente, que antes había solicitado a las dos hermanas mayores de «duquesa Guayabo», no sentía amor y solo ansiaba los escudos de oro del monarca.

El poeta en cambio amor infinito sentía por la duquesita gentil. Amor loco le gritaba, cuando la veía, su altivo corazón. Desdénaba el oro y en su vida como gloria ansiaba vivir eternamente en los ojos de su amada en una dulce emoción.

Una mañana «duquesa Guayabo», seguida

por sus pretendientes, salió del castillo. Orgullosa la llevaba en sus lomos un elefante adornado con ricas gualdrapas de sedas rojas y brocadas pasamanerías de rubíes.

Llegaron a unos verjeles de la costa y descabalgó apoyando su piecesito sobre las espaldas de un esclavo negro».

Calló un momento el escritor, miró a la más bonita de sus oyentes y siguió:

—«Aquel día estaba hermosísima la duquesita, que acababa de bañarse. En arrogantisimo gesto agitaba la negra melena de ébano en la que relucían las gotitas de agua cual diamantes de exótico joyel. Ingénua la expresión del rostro delicioso que matizaban los ojos rasgados y dulces y el mohín de sus labios gordezuelos que en su rojez raro contraste formaban en el rostro moreno del que fluía el encanto de su alegría.

Gallardísima en la plenitud de sus quince años la «duquesita Guayabo», tocábase con negro sombrero adornado por una guirnalda de flores moradas; sus formas de adolescente las cubría, como un velo que bellezas ocultase, un velo blanco, todo blanco con grandes lunares del tono de las violetas del sombrero. Un paje de la duquesa la entregó, de rodillas, un paquete de patatas fritas y Su Alteza Guayabo, brindó una a los pretendientes, brujamente coqueta.

Con fácil galanura, el poeta a la duquesita la murmuró un tierno madrigal que la hizo enseñar, entre sus labios, la nitidez de sus diente-cillos. Mostró sus preferencias al poeta ante el despecho de su rival.

El médico lanzó un dardo emponzoñado:

—¡Felices los poetas a los que aman las hijas de opulentos monarcas, en cuyos castillos se amontona el oro!

Jovialmente le miró el trovero:

—¡Idiota! — gritó — las duquesas podrían comprarte a tí, a un rey, pero no nunca a este corazón... ¡qué tesoro más rico existe que los besos de «Su Alteza Guayabo»! Si ella me quisiera caro le costaría. .

—¿Caro?

—Sí. Agora la digo que me gusta y para decirla que la amo ¡a exijo que su oro arroje a las aguas del foso de su castillo. El renunciar al vil metal que adormece al sentimiento es el precio que un trovero pone a su amor.

Diz la leyenda que «Duquesa Guayabo» entre el oro y el amor del juglar, amor eligió. Un hada peregrina y milagrera, en premio la eterna belleza la otorgó por haber sabido amar.»

Los muchachos y nenas que habían escuchado el alegórico cuento colmaron de elogios al artista. Quedárase éste pensativo y

miraba a una de ellas que se detuvo, un instante, a su lado cuando las demás se alejaron.

—Victoria—la susurró al oído—si tú hubieras sido la princesa ¿que elijieras?

—¡Amor!—dijo ella en un suspiro. El escritor bebió la dicha en aquellos labios gordezuelos y sabrosos en un beso que la dió.

* * *

Transcurrió un año. Una tarde el escritor Geisler entró en el Cine Goya. Encontró a su amigo Juan Castel, juez competentísimo y eximio poeta que ha sabido cantar la hermosura y espiritualidad, el amor sereno encarnado en su esposa, distinguida dama gallega, sobrina del Primado de Toledo, en versos sonoros y viriles, que no por ignorados son menos valiosos que las perlas que se ocultan en el seno de los mares.

Encendieron las luces. Era día de estreno; lleno estaba el local.

—¿Recuerda usted mi cuento «Duquesa Guayabo» que publiqué en una revista de Antequera?

—Sí; me gustó mucho—repuso Castel.

—Pues la nena que me lo inspiró, está delante de nosotros, en la cuarta fila, a la derecha.

—¿Cual? no la veo bien.

—Sí, Juan—apuntó Carmen—debe ser la del sombrerito blanco con una cinta negra. Fíjate, lleva un traje verde ¿la ves ahora?

—Sí, pero no la encuentro tan bonita. Usted la idealizó demasiado.

—No crea. Yo no encuentro defectos más que en las mujeres que no me interesan; en las que me gustan no los advierto. El verano pasado la encontré graciosísima al ver los novios tan raros que le salían; dejaba a un bizco para ponerse en relaciones con un pollo que era la cuarta parte de un novio completo. ¡era de lo más grande que he visto! Me gustó y la quise; ella sabe bien que no volverá a encontrar otro hombre que como yo la haga palpar su corazón. Era lindísima; tal como describí a «duquesita Guayabo». Hoy que no me interesa nada, la noto un defecto.

—¿No será porque está hablando con ese chico regordete?—preguntó maliciosa Carmen.

—Ni mucho menos. Aunque la quisiera, ese feto no me inspiraría celos; esa nena no es tonta para no comprender la diferencia

que hay entre uno y otro y tengo la certeza de que él la aburre soberamente.

—Entonces ¿qué és?—interrogó curioso Castel, el gran poeta.

—Una pequeñez. ¿Vé usted a esa señora que apenas cabe en el sillón? pues Victoria ha engordado tantísimo que pesa cinco kilos más que su mamáta.

Rieron alegremente. Victoria miró furiosa y apretó con tal fuerza los dientes, que si entre ellos coje una oreja de Geisler éste dá un grito que lo oyen hasta en Pekin.

REVELACIÓN

EL coronel salió del Club. Era un hombre de mediana estatura que, aunque sesentón, conservaba en sus mejillas rosadas tintas de juventud y salud. Los cristales de los lentes apenas disimulaban la plácida expresión de sus ojos bondadosos.

Un murmullo de las gentes, que de naderías conversaban, fluyó en el aire timbrado por las eufonías que el violín que un ciego ungía en las embalsamadas brisas de la hora matinal.

—Ahí vá el coronel Martín. ¡Vaya un viejo cínico—comentó el notario Béliar.

—Es un caso de cinismo repugnante;—dijo el abogado Leblanc—ese hombre que comulga diariamente no concibo como se atreva a dar el escándalo que ocasiona su conducta. Es un caso manifiesto de carencia de sentido moral.

—¡Oh, nó! —intervino un médico—es un síntoma, que yo daría por seguro de perversión sexual.

—¡Vaya usted a saber las cositas que le hará a esa monada!—con ademán canalla terció un mozalbete.

Una luz de bestialidad surgió en las pupilas de los comentadores que se imaginaban, con sádico deleite, ver entregarse al coronel a decadentes aberraciones con la que todos presumían su amante.

El anciano siguió su ruta, sin advertir el interés malsano que suscitara su paso. Abs-traído, casi siempre, parecía transportado en una abstracción dulce que algo llevara en sí de amargura. Al pasar la plaza de Vendome, con su voz de bronce una campana lo llamó.

La obedeció y entró en San Plácido. En la iglesia de octogonales muros una luz, tamizada por gótico vidrial, se diluía en sus naves silentes con gamas de topacio. En los capiteles, que rasgan las hornacinas, surgían los Evangelistas con sus rostros comprensivos de hombres rudos que cegara un idealismo portentoso y milagrero. Como amigos que le sonrieran los miró el coronel, que se postró ante el Cristo que, en el altar mayor, de su dolor nos muestra la melancólica poesía.

Es una imagen de un realismo que maravilla. Irsutas las barbas del Redentor Divino su faz varonil y grave tiene un dolor grandiosamente humano. Al cielo sube, concentrada mirada poderosa de hombre fuerte que al cuerpo vence y humilla y es todo alma, todo un Dios. La expresión de sacrificio es tan grande que asombra y rinde al espíritu más impío al contemplar el grito desgarrador que parte de los labios mudos en el espasmo, crispador de realismo, de su última agonía.

Incóse de rodillas el coronel Martín; alzando sus ojos los clavó en los del Cristo y envolvióse en el incienso de una silente adoración. El alma enérgica de aquel viejo, que su juventud derrochó en enérgicas gestas, nimbadas con los laureles de la gloria en las horas trágicas de sangrientos combates librados con los malgachos en Madagascar, en el desastre del 70, con los rebeldes de la Antilla, alternadas con remansos de paz en los que pletórico de energías se entregaba a la pasión, desfalleciendo entre los brazos escultóricos de una mulata en un fortín de Argel o entre los frágiles de una geisha, bella flor de Kioto, que raptara del dominio de un mandarín y que con su tímida gracia supo aprisionar su versatil corazón, volaba ahora en alas del más puro misticismo y se

henchía de excelsos amores por Jesús de Nazaret, el que amor infinito a manos llenas sabía derramar. Amaba al Dios de las misericordias, al profeta divino y vivificador que a Lázaro del sepulcro sacara, que el pan multiplicar supo y también en él su Cuerpo darnos; al Jesús que azotaba al mercader y a Saulo elegía cuando, más que en su ferrado casco el sol, en sus ojos destellaba el odio, y perdón tan noble prodigar al alma sensible y dolorida de María de Magdala, la pecadora misera y bella.

Efluvios desprenderse sentía de su espíritu que una nube de ternura envolvía. Un consuelo muy hondo le llegaba. Le parecía sobre su frente recibir célica bendición.

Muertas las horas, raudas se deslizaron. Ruido el de un portón al cerrarse le sacó de su éxtasis. Sus pupilas dilatadas, como si mirasen a largas distancias perdieron su crispación y se fijaron en el lugar en que estaba.

Suspiró y con el rostro lleno de sana alegría salió.

Bajo un sol de fuego el coronel se dirigió a su casa. Fatigado, más de una vez sintió la tentación de tomar un ómnibus, más la resistió.

Subió las escaleras y penetró en un gabinete confortable, amueblado con lujo. Una señora de unos cuarenta y cinco años, envuelta en la adiposidad de sus carnes, tenía un gesto manifiestamente irritado, y tres muchachas de las que dos leían, por encima del hombro, la revista de modas que la otra sostenía entre sus manos.

La mayor, la rubia Odette, estaba hermosa en la floración perfecta de sus carnes de mujer. Era su cuerpo la exultación gloriosa de la pasión carnal. Las dos más jóvenes, no mucho más, adolescentes bellísimas, tenían en sus cuerpos andróginos las gracias siempre eternas de vestales, envueltas en blanquísimas túnicas que delicadamente modeladas en cerámicas valiosas, enterradas yacieran entre las ruinas de Stabies o Pompeya y que por su belleza las ígneas llamas respetaron para surgir intactas, en nuestros días, y ser tal vez amadas por el alma enferma de algún loco arqueólogo que de dicha carente, en su vida la buscara amando a la desconocida modelo há siglos enterrada.

Muy hosco silencio se hizo a la entrada del viejo soldado. Titubeó y acabó por sentarse en un sofá.

—¿Qué les pasa a mis nenas?—inquirió.
—No contestaron.

—Susana—dijo a su mujer—¿qué pasa? Nadie le respondió.

Se encojió de hombros y, tras unos minutos de silencio, once campanadas dieron en un reloj.

—¡Así no podemos seguir!—dijo Odette.

—Esta vida es imposible que continúe—afirmó Aline.

—Hay que acabar de una vez—arrojó la madre.

—A mí me dá vergüenza salir como voy a la calle. Llevo el mismo vestido del año pasado...—lamentó Gaby.

—Mi sombrero no se puede reformar una vez más. Ya lo han notado todas mis amigas—reprochó Aline.

El coronel Martín irguió la frente y las miró. En sus ojos inteligentes se leyó piedad y amargura. Calló.

—¿Y te quedas así? ¿tan tranquilo?—le increpó su esposa—deberías avergonzarte de como van tus hijas.

—¿Qué quieres que haga yó?

Las dos hijas más pequeñas se colgaron de su cuello.

—Si usted fuera bueno y nos quisiera...

—Sería un papá que solo mimaría a sus nenas.

El coronel se enterneció; una lágrima pa-

reció iba a cruzar sus mejillas. Con delicadeza las besó en las frentes.

La mayor y la madre, cambiando una mirada, creyeron poder aprovechar la oportunidad de aquel instante sentimental.

—Escucha, Gastón. Tu ya sabes que nunca me he dado por enterada de tus calaveradas. Ya eres viejo y debes hacerte cargo de que ciertas cosas no están bien a tu edad.

—Además, que usted, papá, no debe tener más cariño a «esa» que a nosotras.

—Ni regatearnos nada por culpa de ella.

—¡¡¡Basta!!!—gritó ébrio de indignación el padre que, deshaciendo el abrazo filial, se levantó de un salto con los ojos llaneantes— hay que acabar ¡sí!. Esa mujer...

Se mordió los labios. Dando un portazo abandonó la casa. En el portal el uniformado suizo de aspecto mayestático, con su blanca peluca y corto calzón, en humilde reverencia se quebró.

Rehusó el auto con un ademán. El sol parecía liquidar el asfalto de las calles de París. Se dirigió a la estación de Lyon y tomó el tren para el campo atrincherado de Vincennes.

En el cuarto de banderas del cuartel de artillería, varios jefes conversaban, mientras apuraban un cok-tail. Discutían la conducta

de Vasseur, un subteniente cuyas orgías crapulosas eran un escándalo. Su última falta había consistido en presentarse en la Ópera, una noche de gala, en que asistía el presidente, en compañía de una cocotte, que en estado de alcoholismo, había provocado un lamentable incidente insultando a la señora del prefecto. No era posible consentirle un día más.

—Tenemos que tomar una medida radical. Ese títere hace ludibrio de nuestro uniforme —tronó el comandante Lenzinsky.

—No podemos tolerarlo—apoyó De Monzie, un viejo capitán de la escala de reserva —bueno está que burlara a la señorita de La Ferronnays, pues aquello por tratarse de una familia aristocrática daba postín, pero exhibirse con horizontales y ser actores de espectáculos violentos es un bochorno. ¡Qué dirán las gentes!

—¡Qué podrán decir cuando nada dijeron cuando hizo aquella canallada! El hombre que hizo la infamia de abusar de la inocencia de una niña de catorce años que lo quería y confiaba en él; atreviéndose después a propalarlo, debió ser expulsado entonces por indigno. ¡Qué es lo de ahora comparado con aquello!

—¿Me permite, mi coronel?, me parece que sus apreciaciones no son exactas.

—¡Hombre por Dios!

—Aquello fué una locura, propia de la juventud, y esto es un caso de abyección. Así pienso y mi juicio lo comparten todos.

—Todos, menos yo—sostuvo con firmeza el coronel—pero el asunto es, que por todos conceptos, y en esto creo que estarán conformes, ese oficial no puede seguir en mi regimiento. Que vaya un ordenanza a buscarle.

Sereno y con segura confianza en sí mismo, quizás con algo de jactancia, entró el subteniente Vasseur. Recorrió con su mirada los rostros adustos y pareció que en sus labios oscilaba una sonrisa de desafío. Era joven, veinte años, pero en sus facciones pronunciadas se marcaba una imperiosa voluntad.

—Vasseur—dijole secamente el coronel—su proceder le impide que siga bajo mis órdenes. Le exijo que solicite el traslado inmediato.

—¿Usted lo exige?

—Sí, yo.

—Pero, mi coronel, usted no lo ha pensado bien. Solo faltaba que con el ejemplo que da, sin pensar en sus canas, se metiese a moralizador. No se lo reprocho, pues se acredita

como hombre de buen gusto, pero a mí déjeme en paz.

—¡Canalla!—rugió el coronel que lo derribó de una bofetada.

El subteniente exasperado, en un acceso de nerviosismo irreprimible, sacó la pistola dispuesto a matarle. El capitán De Monzie lo desarmó.

—Señores, calma—medió el mayor Bontoux.—Esto es una cuestión de honor que debe tratarse como entre caballeros y sobre todo como entre militares.

El subteniente fué sacado de la estancia; de un extremo a otro se pasea agitado el coronel que quiere tranquilizarse.

Quedaba planteado un lance y pronto fueron acordados los detalles. A las seis de la mañana siguiente, en el bosque de Chamfort se cruzarán unas balas de pistola, arma que, no queriendo abusar de la superioridad de su edad juvenil, había elegido el ofendido que aunque depravado tenía un alto concepto del pundonor.

Marchó a su casa el coronel, después de haberse detenido unos minutos en una humilde vivienda del Quai Malaquais. Se encontraba enfermo, le parecía que el aire era muy denso y que entraba con dificultad en sus pulmones.

Se echó en un diván y una sensación de cansancio y aplanamiento le invadió lentamente. Las venas parecían que contenían una sangre menos ardorosa que se iba enfriando y que le sumergía en una sombra incierta que le borraba la facultad de la visión. Las luces semejaban moverse y tintilear, cual si un soplo las agitase.

Sonó el timbre. La mujer y las hijas entraron ruidosas. Abrillantaba las pupilas, el júbilo del triunfo. Rebosaban alegría; a Gaby se le había declarado lord Clayrton, una de las fortunas más cuantiosas del Reino Unido. Su vanidad de mujeres se encontraba satisfecha.

Al trasponer el dintel quedaron yertas. Vieron al coronel que desplomado, casi en el suelo, tenía un aspecto cadavérico, espectral.

Y, olvidadas de sus rencillas, latieron angustiados sus corazones y como dardos volaron a él y desconcertadas le abrazaban.

—¡Papá, papá!—gritaban—¿qué le pasa que nó nos oye?

El coronel no se movía; su mujer loca, aterrorizada, gritó socorro.

Acudieron los ordenanzas y criados y mientras unos trasladaban al doliente al lecho, otros corrían en busca de médicos.

Era inútil. Cuando llegaron, solo pudieron certificar la defunción. El cuerpo del coronel se enfriaba, los ojos perdían su transparencia, empañándose el cristalino, se agudizaban las facciones y adquirían un aspecto de serena majestad. ¡Era la paz!

Abriéronse los diques del llanto y en estremecimientos de dolor se cimbraron los cuerpos de las mujeres que fueron sacadas, a viva fuerza de la habitación. El cadáver fué amortajado.

Volvieron a dejarlas entrar; en el lecho yacía en la hierática apostura en que la tradición coloca el cadáver para darle aún mayor sensación de reposo eterno. Corriéndoles las lágrimas rezaban, aterradas ante el misterio horrible del no ser, las mujeres.

Se oyó en el silencio, un rumor en la puerta. Un entrechocar de voces que parecían airadas. Semejó que el cristal del silencio en mil fragmentos se quebró.

Salieron a acallarle. Los criados disputaban con una mujer que desmelenada, trágica y bellísima pugnaba porque le franquearan el paso y no lográndolo, apartando de un empuellón entró.

En el pasillo la vieron. Era la mujer, cuya amistad con el coronel, había dado pábulo a la murmuración.

—¿Qué quiere usted?—preguntó el capitán De Monzie—¿que hace en esta casa?

—Verle, verle; ¡saber si es verdad que ha muerto!

—¿Con qué derecho, insolente? ¿qué viene a hacer aquí sino a ultrajar el duelo de esta honrada familia?

—A ver, que vengan los criados y echen a la calle a esta zorra.

—¿Zorra yo?—gritó la hembra con rugidos de leona herida—¡a mí!, a mí que soy su hija, ¡delante del cadáver de mi padre!

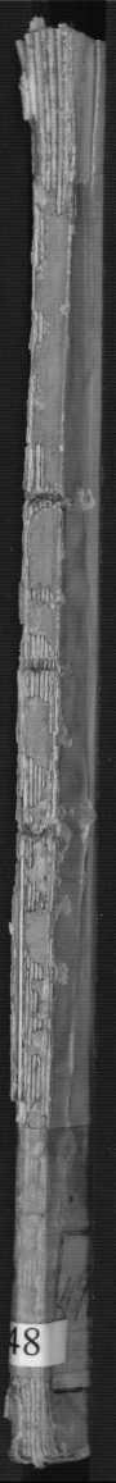
Como palabra bruja, como ensalmo misterioso, en un asombro maravillosamente cristalizado en lágrimas, como ofrenda al muerto tan calumniado, los odios se trocaron.

—¿Qué quiere usted?—preguntó el capitán.
De Monre—¿que hace en esta casa?
—Véle, véle, ¡ahí! es verdad que ha
muerto!
—¿Con qué derecho, insolente? ¿qué vie-
ne a hacer aquí sino a ultrajar el duelo de
esta honrada familia?
—A ver, que vengan los citados y echen
a la calle a esta zorra.
—¿Ora, yor?—gritó la hembra con rabi-
dos de leona herida—¡a mí, a mí que soy su
hija! ¡frente del cadáver de mi padre!
Como palabra bruta, como ensalmo mite-
rioso en un asombro maravillosamente cris-
talizado en lágrimas, como ofensa al muerto
tan calmado, los odios se tocaron.



1925
"IMPRENTA 'LA REGIONAL'"
LUÍS DE VELÁZQUEZ, 3
MÁLAGA

Tres Pesetas



48